



EDUARDO BECHARA NAVRATILOVA

MARIONETAS DE PRAGA





© 2026, Editorial Escarabajo S.A.S.

Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501 Bogotá, Colombia.

www.escarabajoeditorial.com

escarabajoeditorial@gmail.com

© 2026, Eduardo Bechara Navratilova

Colección: *Jugué mi corazón al azar*. Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje a José Eustacio Rivera

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova

Editor: Hugo Reyes Saab

Diseño de portada: Melissa Álvarez

Diagramación y diseño interior: Juliana Saray Ramírez

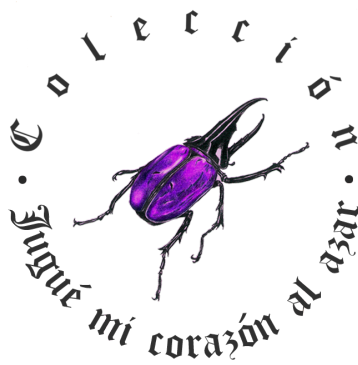
ISBN: 978-628-7854-77-2

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia Editorial Escarabajo S.A.S. 2026

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.





Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Eustasio Rivera







*Si cualquier persona se calla la verdad,
puede ser una maniobra táctica, pero si un escritor
se calla la verdad, está mintiendo.*
JAROSLAV SEIFERT





RAÍCES DE UN ESCRITOR COLOMBIANO

Marionetas de Praga de Eduardo Bechara Navratilova es una novela bella, insólita y estremecedora. Una obra inusual en el medio literario colombiano. De entrada causa extrañeza que no solo transcurra completamente en la República Checa, en las calles de la bellísima Praga, sino que narre una historia que está completamente enraizada en acontecimientos de dicho país, sosteniendo, además, un permanente diálogo de influencias y homenajes con los grandes autores de su gran tradición literaria. En Colombia, que ha sido un territorio cerrado y difícil para los migrantes, esta obra constituye una afortunada rareza, una apertura y un enriquecimiento de nuestro panorama.

Bechara Navratilova tiene sólidas razones para hacer ficción de un país del cual proviene su madre y que, además, él conoce bien. Le interesa asimilar y novelar fragmentos de una historia que le es entrañable, al tiempo que raíz de los suyos. Esta novela transcurre en los años 60. Justo cuando esa nación aún estaba sometida al poderío soviético y toda su vida social, cultural y política era dominada por la ideología estalinista y por el gran ojo del aparato estatal.

El personaje central de la novela es un titiritero de origen judío. Se trata del solitario sobreviviente de una familia que





padeció todos los horrores de la ocupación nazi, pero que ahora debe subsistir bajo la sombra de un régimen totalitario que lo oprime, lo asfixia y lo arrastra hasta los bordes de la locura. Para enfrentarlo no sabe levantar más armas que las de la imaginación creadora; gracias a las comedias que escenifica en un teatro de marionetas y a la escritura de poesía. La lucha del personaje por rebelarse es una lucha por su derecho a ser y por proteger su individualidad. Y, en buena parte, lo hace bosquejando unos poemas que nunca termina de escribir y cuyo propósito es entregárselos a otros poetas, censurados y muy famosos, que tampoco pueden publicar en su país y los editan afuera de este.

Marionetas de Praga es una novela estupendamente bien escrita, arduamente trabajada y contada de una forma que nos revela, nos informa y nos planta ante otras historias de la humanidad. Pero es, sobre todo, una forma de reflexión y un relato a favor de la rebelión y la libertad, un rayo de esperanza, un llamado a siempre resistir y un grito que nos alerta frente a los tiempos que se avecinan en nuestro horizonte.

FELIPE AGUDELO TENORIO
Bogotá D.C., Colombia
17 de marzo 2026.





UNO

Petr Z. levantó la cruz y la marioneta se movió hacia delante.

—Ahora podrás volar de nuevo —dijo y cambió el tono de voz como si el Piloto respondiera:

—Sí, me iré de esta tierra que me trae tristeza y desolación.

Este es tu momento, advirtió una voz en su interior. No, no alteres el texto, por favor, replicó otra voz. Son niños, pueden cambiar el mundo. No te engañes, crecerán aún más castrados que sus padres. Te falta espíritu de lucha. Y tú eres un idealista. Estos niños no conocen nada diferente, este es el único ejemplo que han tenido en sus calles.

—La belleza de un lugar no existe si no eres libre —Petr Z. dijo esto con cierto tono de grandeza que le salió de la entraña.

¿Estás loco? Jana te acusará.

Cambió de nuevo la voz a la del niño:

—«Yo me voy hoy también». —Inclinó la mano y un hilo levantó la cabeza de El Principito. La marioneta permaneció unos segundos mirando hacia el horizonte—. «Es mucho más lejos... Es mucho más difícil».

El silencio de los niños le dejó saber que los tenía cautivados.





—«Una vez más sentí la ruptura de algo irreparable» —continuó con el tono adulto—, «y me di cuenta de que no podía escuchar su voz de nuevo. Para mí era como el nacimiento de agua fresca en el desierto».

Al final de la obra los niños aplaudieron. Petr Z. salió al escenario precedido por el Piloto y El Principito. Las dos marionetas levantaron sus brazos, se despidieron, y el movimiento de las manos de Petr Z. sobre la cruces se exhibió ante los niños.

Estoy seguro de que no entendieron tu mensaje. De pronto no, pero de pronto sí.

Hizo la venia y los niños volvieron a aplaudir. Jana no aplaudió. Te lo dije, firmaste tu sentencia de muerte. No exageres.

Petr Z. salió del escenario. Volvió a los camerinos. Guardó al Principito en una caja con una inscripción dorada que decía «Malý Princ».

—Veo que sus funciones tienen éxito —le dijo Jana desde atrás.

Lucía vieja como un fantasma, su piel como cuero arrugado.

—Tengo mis días —respondió Petr Z.

—Kateřina ya no vive con pan Dvořák.

¿Por qué menciona a Kateřina? Ella se fue de mi vida hace más de quince años.

Petr Z. permaneció en silencio.

—Bueno, solo se lo quería decir —añadió.

Petr Z. tomó la caja de El Principito, salió a la calle y caminó hacia el puente. Los tejados ocres del Barrio Pequeño sobresalían bajo el cielo azul y anaranjado. Los últimos rayos aterrizaban sobre las fachadas del castillo. Aún era otoño, pero una oleada de frío que venía del norte tenía a toda la ciudad usando abrigos pesados.

Cerca de la estatua de Jan Nepomucký, recordó a Kateřina de madrugada. Moje hezká kočka, mi hermosa gata, como solía decirle, era una morava pelirroja con ojos verdes y una mirada





felina. Petr Z. recostó el cuerpo en los bloques de piedra. Se vio en aquel mismo sitio dándole un beso. Lo recordaba de forma vívida. Había sido su primer beso. Sucedió el día en que los panzers ocuparon los Sudetes.

Praga no era la ciudad que fue después de la Primera Guerra Mundial, cuando Checoslovaquia se liberó del imperio austro-húngaro y Tomáš Masaryk proclamó su emancipación frente al Hall de Independencia en Filadelfia, Estados Unidos de América.

Podría escribirle una postal, como en los viejos tiempos.

¿Una postal? ¿En realidad?

Había perdido la esperanza con la invasión de los nazis y el subsiguiente golpe de estado por parte de los rusos. La época dorada de Checoslovaquia se había terminado.

La corriente estaba calma. Era el mismo puente, no la misma agua. El recuerdo de los viejos tiempos, un poco más de veinte años, parecía lejano, aunque recordaba con detalle cómo solía fluir el río. Pavel A. tenía razón. Praga era una pequeña celda en la cárcel de la železná opona, La Cortina de Hierro.

Kateřina... Ansiaba besar sus labios.

Vives del pasado. He sido despojado de todo, menos de mi pasado. Eres patético; hablas como si estuvieras muerto. Tal vez lo estoy, ¿no te has dado cuenta? Me siento como un Gregorio Samsa que se levanta todas las mañanas para ir a trabajar. Dentro de poco Kazimír, ese miserable mocoso, estará arrojándose manzanas podridas.

Levantó su gorro. Las agujas góticas de la catedral de San Vito desgarraban las nubes que entraban. Dos miembros de la Lidové milice, la Milicia Popular, hablaban junto a otra estatua del puente. ¿Por qué estarían ahí? El viento helado le generó un escalofrío. Se abotonó el abrigo y pasó frente a ellos. Lo miraron con sospecha. Petr Z. intentó disimular su temor, mantuvo la vista al frente y sostuvo el ritmo del paso. Los dejó atrás, respiró aliviado y caminó hasta su vieja casa ubicada en el barrio judío.





Pavlinka y Kazimír corrían alrededor del sofá raído de la sala. Radka escuchaba Písnička česká. Tejía un suéter con dos agujas largas. Se mecía en una poltrona desvencijada junto a la chimenea. Antonín y Miroslav jugaban a las cartas en la mesa del comedor; Zdenka cocinaba guláš en el fogón. Podía identificarlo por el olor a paprika y cebolla que venía de la cocina.

—Dobré odpoledne, pan Zimmerman —le dijo Radka mientras él caminaba hacia las escaleras.

—Sí, sí, buenas tardes.

Subió los escalones ruidosos, entró a su cuarto y posó el estuche del Principito sobre un arrume de cajas de madera que cubrían la pared de lado a lado. La abrió, removiò de forma cuidadosa la cubierta de terciopelo y sacó dos libros que estaban escondidos. Parecían cuadernos, pues habían sido escritos así para que no generaran sospechas. Cerró la caja de la marioneta y abrió los libros en sus últimas páginas. El libro original, escrito también a puño y letra, era un libro samizdat con uno de los capítulos del *Mistr a Markétka* de Mijaíl Bulgákov, que había recibido de manos de Pavel A.

Apúrate antes de que Holoubek llegue a casa. Si te atrapa irá directo a la ŠtB.

Terminó de escribir el final del capítulo mientras la noche caía. Escondió los dos cuadernos bajo su almohada, sacó una olla oxidada de una gaveta, la llenó de agua y encendió el fogón de gas.

Kateřina aleteaba en su cabeza de nuevo. Recordó la época en que solía levantarse en la mitad de la noche sudando. ¡Kateřina! ¡Kateřina! ¡Kateřina! Gritaba para sí en silencio. Su voz suave, su mirada... Su mirada, sus ojos de gato en la noche al resplandor de una luz tenue, sus gestos de placer, los vértices descendientes de su abdomen; su selva espesa de la que salía su aroma femenino. «Eres mi gata hermosa». «Sí, lo soy».

¡Basta! No te hagas esto, por favor. Mata tus recuerdos. No puedo.





Con el paso de los años, Petr Z. encontró sosiego escribiéndole poemas. Innumerables poemas donde exaltaba su belleza, confesaba cuánto lo sentía.

«Ya es tarde; mataste todo lo que había entre nosotros», le respondió ella en una carta.

Tomó la olla del fogón, se preparó un café y se sentó en el borde de la cama. El pocillo calentó sus manos.

Nunca hubieras pensado en ella si Jana no te la menciona de nuevo. ¿Jana? ¿Por qué diablos había ido al Divadlo Světla, el Teatro de la Luz? Quiso humillarte, ¿no te has dado cuenta? ¡Tonterías! Llevó a los niños del colegio, tarde o temprano iba a pasar. Pero, ¿por qué te dijo que Kateřina estaba sola?

Era evidente que le pareció extraño encontrar un teatro lleno, así la mitad de las sillas hubieran sido ocupadas por los niños que ella misma había llevado. Si supiera que por lo general había poca gente: un padre con su hija, un par de estudiantes, unos hermanos. Si lo supiera le habría dado la mirada que Petr Z. interpretaba como: es un pobre diablo, un hombre prometedor venido a menos, un escarabajo arrastrándose por el suelo de una ciudad que lo constriñe.

¿Acaso no es claro por qué te dijo: «Kateřina ya no vive con pan Dvořák»? Deja de atormentarme. Vas a terminar por matarme; tú también morirás. Había un mensaje subliminal. Lo sabes. Aún se hablan. Kateřina podría estar en Praga.

Alguien golpeó en la puerta. Sus manos temblaron y derramó un poco de café en sus pantalones.

—Pan Zimmerman, pan Zimmerman —gritó la voz del niño—. ¿Mi mamá quiere saber si va a comer un poco de guláš que sobró?

—Dígale que ya comí —respondió y limpió el café.

¿Sería posible que aquella frase de Jana pudiera decir...?

Pensaba en ello cuando una de las cajas llamó su atención. La cerradura estaba levantada.





La abrió y esperó lo peor. La marioneta estaba en su puesto. Detalló el cuerpo acomodado entre los muelles de terciopelo. La cara filuda de Don Quijote brilló con los destellos de luz. Petr Z. pasó las yemas de sus dedos sobre la nariz puntiaguda de madera. Cerró los ojos y sintió su barba gruesa en la barbilla. Recordó a la marioneta en las manos de su abuelo, cuando aún era un niño. Abrió los ojos, tomó la cruceta en sus manos y levantó los hilos con precisión. La cabeza de Don Quijote se inclinó hacia delante. Sus brazos se levantaron y estrecharon hacia arriba. Petr Z. dejó a la marioneta sentada y sacó la de Sancho Panza.

—¿Destruimos al gigante, Sancho? El gigante casi lo destruye a usted —Petr Z. cambió el tono de voz—. ¿Qué pasó? El molino de viento, señor. Usted lo embistió con tal fuerza que rebotó varios metros hacia atrás. Tuve que traerlo aquí para que se recuperara. ¿Lo matamos, Sancho? Cuéntame, ¿logramos detener la invasión? Usted casi se mata, señor. Gracias a Dios tenía puesta la armadura. ¡Boberías, Sancho! Trae mi lanza, vamos a por otro —Don Quijote se incorporó. La marioneta sacudió su cuerpo cubierto por la armadura, estiró una a una sus extremidades—. Detesto la cobardía. No perdamos tiempo, estoy listo para el combate. Tráeme a Rocinante, aún quedan varios gigantes por destruir. —Don Quijote dio un salto y aterrizó en el tapete sucio del cuarto—. Sancho, trae a Rocinante, apura. Pero señor, la última vez que se enfrentó a los molinos duró dos días sin abrir los ojos. No seas miedoso, Sancho. Todo guerrero con nobleza tiene heridas de guerra. Le traeré a Rocinante, pero está advertido. No te preocupes, querido Sancho, el mundo es de aquellos que vencen el miedo.

¡Qué es esto! ¡Qué diablos es esto!

La marioneta tenía una mancha en la espalda. Podía ser helado, o podría ser guláš.

¡Maldita sea! Estos niños han estado jugando con mis marionetas.





Petr Z. dejó el cuarto. Bajó por las escaleras decidido a ponerle fin a la situación. En la cocina, Kazimír le tiraba bolas de piquis a unos soldados de madera.

Mis marionetas. Debe estar haciéndoles lo mismo.

—Zdenka, ¿los niños han estado jugando con mis marionetas?

—Los niños son niños, ¿qué quiere que haga? —respondió ella mientras lavaba la vajilla de porcelana que Petr Z. había heredado de sus abuelos.

Antonín refunfuñó desde el comedor sin levantar los ojos de sus cartas.

—La tarea de una madre es corregir a sus hijos.

—Lo hace sonar muy fácil, pan Zimmerman. Cómo se nota que no es padre. Algunos niños no cumplen las reglas.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Kazimír, ¿has estado jugando con las marionetas?

—Ne, maminko.

—Sí ve, el niño dice que no ha jugado con las marionetas.

—¿Cómo puede decir eso ahora? Hace un momento aceptó que el chico había jugado con ellas.

—Yo no dije eso, pan Zimmerman.

—Claro que sí. Lo aceptó de forma implícita.

—Yo dije que los niños son niños, eso fue todo lo que dije. Si él dice que no ha jugado con ellas debemos creerle.

Están jugando contigo así como siempre lo hacen. No lo voy a aguantar más, hay un límite para todo. No lo hagas, te meterás en problemas.

—Me toma por un imbécil —arrugó los ojos—. Cómo debo interpretar sus palabras. Usted dijo que algunos niños no cumplen las reglas.

Zdenka levantó la cara del fregadero. Su mirada lo penetró.

—Tal vez debería sacar las marionetas de la casa para evitar-nos estas discusiones.





Caminó hacia las escaleras, se detuvo y gritó:

—¡No acepto que nadie toque mis marionetas!

—Dobrou noc, pan Zimmerman —dijo Radka.

—Sí, buenas noches, muy buenas noches.

Este sí que es el otoño del descontento. Por favor, ten paciencia, esto es mejor que terminar en un campo de trabajo forzado con una pica, una pala y una carretilla. ¿Quieres terminar cargando bultos hasta el colapso, en jornadas de más de doce horas como ocurre en las minas de uranio de Jáchymov, Horní Slavkov o Příbram? ¡Cállate! Es por ti que aún estoy confinado a lo que era la biblioteca de mi propia casa. Soy yo quien te ha mantenido con vida todo este tiempo. Si fuera por ti estaríamos en una prisión o alguno de esos campos de trabajo forzado.

Limpió la mancha con un trapo húmedo, sentó a Don Quijote en la cabecera de la cama y sacó un pan de la alacena. Mientras lo comía un pensamiento terrorífico lo asaltó. Era posible que Kazimír hubiera pasado sus manos sobre el resto de las marionetas. Tendría que revisarlas todas. Se sentó en la cama, apoyó los codos en sus muslos y metió la cara entre las manos.

Tal vez deberías sacarlas de la casa como Zdenka lo aconseja. ¿Sacarlas de la casa? ¿Estás loco? Esta es mi casa, la casa que mi abuelo compró con el ahorro de treinta años de trabajo como comerciante. Déjame decirte por qué ya no es tu casa: porque has perdido cada pelea que has dado, como la que acabas de dar sin necesidad. ¿Sin necesidad? El pequeño demonio está metiendo sus narices en mis marionetas. Mis marionetas, ¿dices? Sí, mis marionetas. Ese es el error que sigues haciendo, pensar que son tus marionetas. Tal vez lo fueron algún día, como esta casa y todo lo que hay en ella, pero ese día ya pasó. Tus marionetas le pertenecen a Kazimír, a Zdenka, a Praga, a Checoslovaquia, a la Unión Soviética y al resto del bloque comunista, de modo que sacar las marionetas de la casa puede no ser una buena idea, a menos de que quieras compartirlas con quién sabe quién. Has hecho de mí





un imbécil. ¿Te parece? Veo que ni siquiera agradeces lo que he hecho por ti. ¿Qué has hecho por mí? Mantenerte vivo. Me has hecho un cobarde, estoy lleno de miedos y eso me molesta. ¡Ah! ¿Estás molesto? Por lo menos trabajas en algo relacionado a tu pasión. Te hiciste echar de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Carlos por no seguir mis consejos. De haber sido más sensato hubieras podido terminar la carrera como Jana y Kateřina lo hicieron, y claro, tu hermosa gata seguiría siendo tuya.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —gritó Petr Z.

—El maldito tipo está más loco que nunca —dijo Miroslav en el corredor.

—Tienes que ser comprensivo. Debe ser horrible vivir sin amigos —respondió Radka.

Petr Z. los escuchó entrar al cuarto de al lado. El murmullo de sus voces lo perturbaba. Escuchó a Zdenka, a Antonín y los niños caminando hacia el cuarto principal del tercer piso, en donde sus padres dormían antes de que los nazis llegaran a golpear en la puerta y él y su mamá fueran llevados a Terezín. El recuerdo de aquel día nubló su pensamiento. Lo recordaba tan bien como el momento en que escuchó los panzers por primera vez, tras la invasión de los Sudetes. Estaban en seminario de Kant y oyeron el rugido de los motores junto al chillido metálico de las orugas sobre los adoquines. Todos corrieron a la ventana, incluido el profesor. Patrullas motorizadas y camperos alemanes cargando soldados y cañones, pasaron de forma amenazante por el malecón Smetana. Cruzaron al otro lado del Moldava por el Puente Carlos. La clase se suspendió. El profesor les indicó volver a casa y fueron a la de Petr Z. que era la más cercana. Kateřina se quedó a dormir.

Abrió la alacena en busca de comida. Encontró una galleta solitaria en un tarro. La comió y lamió sus dedos. Revisar más de cien marionetas le llevaría un buen tiempo. Podía mirar la mitad y dejar el resto para la noche siguiente.





Las dos familias estaban en sus cuartos, pero la familia Holubková podía estar abajo si es que había vuelto. Pegó su oído a la puerta. El murmullo de Miroslav y Radka perturbó su intento por escuchar. Abrió con mucha cautela. Miró hacia ambos lados. Nadie habitaba las tinieblas del corredor. Cerró con suavidad tras de sí. El chirrido de los peldaños se intensificó en el silencio de la noche. Bajó con cuidado apoyado en la punta de sus pies. Fue al baño y luego directo a la cocina. Migas de pan ensuciaban la mesa. Sacó un plato, abrió la nevera y vio la olla con las sobras del guláš. La sacó sin perder tiempo, se sirvió dos cucharadas y volvió a dejarla en su puesto.

Sería fatal si te encontraras con alguien ahora.

Su paso acelerado produjo extraños saltos al caminar. Avanzó de forma rápida hacia las escaleras. Las subió con mucho sigilo. De vuelta en su cuarto dejó salir un suspiro. Miroslav y Radka seguían hablando. Se sentó en la cama. El sabor de la salsa llenó su boca. Antonín era carnicero, de modo que la carne era frecuente. Esa era la única ventaja de tener a esos intrusos en su casa. Lo comió despacio para que no se le acabara tan rápido. Aunque estaba delicioso, era imposible igualarlo con el de su madre. Se acercó al lavamanos y lavó el plato de bordes dorados.

Tomó un disco del anaquel, lo sacó de su funda y lo puso sobre el tambor de un gramófono de flor dorada que yacía contra la ventana. Posó la aguja de forma meticulosa sobre una de las ranuras del vinilo en movimiento. Un sonido blanco llenó el lugar. Petr Z. le bajó el volumen, atendió el ruido carrasposo y escuchó la entrada de los violines.

Afuera, un farol iluminaba la calle adoquinada. Las luces de las casas vecinas habían sido apagadas, a excepción del primer piso en la antigua morada de los Kolínovi. Aún podía haber gente despierta.

La *Novena Sinfonía* de Beethoven le recordaba a su padre. Solían escucharla en la sala siendo reproducida por ese mismo





gramófono. Abrió la puerta de su habitación, inspeccionó el corredor y volvió a cerciorarse de que Holoubek no hubiera llegado. Cerró la puerta, se arrodilló en el piso, levantó la cama y la desplazó de forma lenta. El movimiento avivó un dolor en su espalda. La corrió poco a poco. Al levantar el tapete descubrió la entrada a una cámara del tamaño de un ataúd. Abrió una de las puertas. La posó en el piso con cuidado. El viejo escondrijo exhibió sus secretos: *La granja de los animales* de George Orwell, *Un mundo feliz*, Aldous Huxley, y algunos libros samizdat. Petr Z. puso los dos cuadernos sobre otros que también contenían apartes del libro de Bulgakov, así como algunos poemarios escritos por algunos poetas al interior de la Cortina de Hierro.

¡Rápido! Si Holoubek entra serías arrestado y acusado por agitación y propaganda anti-soviética.

Petr Z. cerró las puertas, trancó el cerrojo con suavidad, devolvió el tapete a su sitio, movió la cama con movimientos cortos y suspiró aliviado.

Tu valentía va a hacer que nos maten.

Tomó una caja en sus manos, se sentó en la cama y la puso en sus piernas. La abrió como si fuera un cofre sagrado. Hanzel apareció sobre el terciopelo con la cabeza inclinada hacia un lado. Agarró la cruz y levantó las cuerdas haciendo que enderezara la cabeza y la inclinara hacia delante. Lo sentó adentro de la caja y lo hizo mirar hacia los lados.

—¿Gretel? ¿Gretel? ¿Gretel, dónde estás? —dijo Petr Z—. Gretel, estamos perdidos, ¿dime dónde estás? Oh, Gretel, responde. ¿Hanzel? ¿Gretel? ¿Hanzel? Gretel, ¿dónde estás? Te escucho, pero no te veo, este bosque es muy espeso. Creo que estamos perdidos. Hanzel, estoy aquí, en medio de la oscuridad, muy sola y muy triste. Gretel, sigue hablando, creo saber de dónde proviene tu voz. Sigue hablando, no pares. —Petr Z. hizo que Hanzel mirara hacia las cajas—. Tengo mucho miedo, Hanzel. No te preocupes, ya estoy en camino. —Petr Z. se levantó





de la cama. La marioneta caminó hacia las cajas—. Sigue hablando, Gretel. ¿Cómo nos pudo pasar esto, Hanzel?

Hanzel miró hacia una de las esquinas de la pila. Caminó hacia ella, escaló las cajas y llegó hasta una inscripción en letras góticas que decía: «Mařenka». Intentó sujetarla. La caja era más larga que sus brazos abiertos. Simuló agarrarla y dio un salto mágico con ella hasta la cama.

Petr Z. abrió la tapa. La marioneta de niña con pelo encrespado apareció.

—¿Hanzel? ¿Hanzel? —dijo Petr Z—. ¿Hanzel? ¿Dónde estás? —Gretel miró hacia todos lados, su tronco erguido sobre la caja. Petr Z. apoyó una rodilla en la cama y alcanzó la cruz de la marioneta de Hanzel—. ¿Hanzel? Veo el bosque, pero no te veo a ti. ¿Gretel? ¿Hanzel? Estoy aquí. Me di un golpe en el salto. ¡Hanzel! —exclamó Petr Z.

Gretel se levantó y dio un pequeño brinco saliendo de la caja hacia la cama.

—Hanzel, aquí estás —dijo mientras ambas marionetas se abrazaron—. ¿Qué hacemos ahora? Hay que encontrar la salida. ¿Y qué tal que no haya una? Siempre hay una salida, Gretel. ¿Estás seguro? Sí. Hanzel, eres tan optimista. ¿Por qué dices eso, Gretel? No sé, Hanzel. A veces creo que no hay una salida y que estaremos perdidos para siempre. ¿Para siempre? Sí, para siempre —Petr Z. dijo esto último con una voz delgada que remedaba a la perfección la de una niña—. Gretel, no llores. Ya verás que encontraremos una salida. ¿De verdad lo crees? Sí, Gretel, claro que lo creo.

Las dos marionetas cayeron inertes sobre la cama.

—Claro que hallarán una salida de este cuarto, sobre todo si Kazimír anda merodeando por aquí —dijo Petr Z.

Examinó el cuerpo de los muñecos, los colocó sobre el terciopelo y cerró las cajas.

—¿Qué opinas de todo esto, Don Quijote? —le preguntó a la marioneta sentada en la cabecera—. La cobardía prima en





el mundo. ¡Sancho! ¿Dónde está mi lanza? Hay que destruir a los gigantes.

Las siguientes marionetas que revisó fueron las de El gato con botas, Caperucita, La sirenita, Pinocho, Kašpárek, Rapunzel, Aquiles, Rasputín, y Gulliver.

Un pájaro salió del reloj de pared cantando doce veces cucú. Se volvió a meter por una delgada abertura de madera que cerró sus ventanas. Petr Z. dejó la caja de Aladino en la pila, se lavó las manos, tomó el cepillo de dientes y pasó las cerdas dobladas por sus muelas. Vio su rostro en un pequeño espejo de pared. Tenía ojeras. Toda su cara parecía haber perdido tono muscular. Se vio viejo. Su piel mal afeitada parecía invadida por pelos blancos.

¿A qué horas se te pasó la vida? ¡No quiero saber!

Se quitó la ropa y se puso la pijama. Sentó a Don Quijote en una silla de madera, apagó la luz y se metió entre las cobijas. Hacía frío. Débiles haces de luz entraban por la ventana. Generaban penumbra. Radka y Miroslav seguían hablando. Llevó las manos sobre los oídos. En el fondo de su tímpano aun podía escucharlos. A veces hablaban hasta el amanecer. Miroslav le tenía un apodo a Antonín. Le decía Podvodník, tramposo en checo, pero aun así, siempre jugaba cartas con él y lo trataba casi como a un hermano mayor. El apodo que le tenía a Holoubek era Zvíře: animal.

Radka quería a Zdenka, pero la relación de ambas se había ido distanciando a medida en que Kazimír iba creciendo y se volvía cada vez más dañino.

Petr Z. destapó sus oídos y los escuchó hablar acerca de un incidente en el restaurante Pražský kout, el Rincón de Praga. La conversación evolucionó al hecho de que Antonín tenía una amante, una cajera joven en una tienda cercana. (Zdenka había sido apuesta cuando estaban recién llegados. Incluso había tratado a Petr Z. de forma gentil. Con los embarazos de Pavlínka y Kazimír se había vuelto intolerante. Una de esas matronas que el régimen exaltaba como madre ideal).





Radka estaba furiosa. Le preguntó cómo se había enterado. Le exigió que le dijera. Miroslav intentó evitar la pregunta. Al final terminó aceptando que el propio Antonín se lo había dicho. Radka le exigió que le contara a Zdenka. Miroslav se negó. Radka hablaba en voz alta. Era casi la una de la mañana.

—¿Quieres que todo el mundo se entere? —preguntó él.

—Sí —respondió Radka.

—Si insistes me iré a dar una vuelta. O de pronto dejo esta casa y te puedes ir olvidando de mí.

—Como si eso me importara.

—¿No te importa?

—¿Por qué lo quieres saber? ¿Vas a ir corriendo a donde tu querida? Supongo que si él tiene una, tú tendrás que tener otra. ¿No es cierto? Como lo imitas en todo —Radka hizo una pausa—. ¿Hace cuánto te contó? ¿Hace cuánto te lo has guardado sin contármelo?

—No me he guardado nada. Si lo estuviera haciendo no te lo hubiera contado.

—¿Lo ves? Estás admitiendo que la posibilidad de no contarme existió.

—Radka, estás hablando como una mujer celosa.

—¡Te lo exijo, cretino! —Cuando le dijo esto, Petr Z. intuía que algo malo iba a suceder—. Ve a tocar en la puerta de la familia Smetanová y diles lo que me acabas de contar. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—¡Quédate en dónde estás!

—¿Me estás amenazando?

—Sí.

—Mira el miedo que tengo.

Petr Z. escuchó pasos rápidos en el piso y luego un sonido extraño.

Supuso era un golpe que Miroslav le había dado a Radka, pues la escuchó llorar y no hablaron más.





Aquel primer beso con Kateřina volvió a su mente. Si pudiera marcar un antes y un después en su vida, era ese.

Se quedó dormido. Kateřina llegó. Podía verla a su lado, sentir su aliento a albahaca y canela, sus senos contra su pecho. Se besaron: Miluji tě, moje hezká kočko! Te amo, mi hermosa gata, le dijo. Galoparon, el sudor corrió sobre sus pieles. Estaba cerca, muy cerca y era inminente.

—«¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy!».

¿Qué era ese grito? Lo escuchó de nuevo. La gata nunca gritaba. Petr Z. la miró con terror, sintió un inmenso vacío. La gata ya no estaba.

Abrió los ojos. Su corazón acelerado; su respiración pesada. Llevó las manos a la cara y miró a Don Quijote en la penumbra. Los gemidos agudos de Dalibor y Kamila Holoubková le llegaban claros a través de la pared.

¡Maldita gente!

Encendió la lámpara, se sentó en el borde de la cama y se puso las pantuflas.

Si sigues pensando en ella esos sueños van a volver.

Se sirvió un vaso de agua. Se sentó en la cama.

—¿Tú qué opinas? —preguntó a Don Quijote.

—Toda forma de decoro se ha perdido —respondió la marioneta.

—No sé cómo hacen el amor con sus dos hijas durmiendo en el mismo cuarto. ¿Qué deben pensar ellas cuando escuchan a sus padres gemir en medio de la noche?

—Todo empieza venciendo a los molinos. Pásame mi lanza. Dile a Sancho que se despierte, no hay tiempo que perder. Una vez que los derrotemos esta casa volverá a ser tuya y La Mancha estará libre de sus invasores —dijo y se paró del asiento. Petr Z. movía la cruceta de la marioneta con precisión—. Tú podrás volver a tu hermosa gata y yo a mi dulcinea del Toboso.



